

Con los apoyos de Riquer

EL ATREVIDO TIRANTE EL BLANCO

El libro, como bien se sabe, figuraba en la biblioteca de don Quijote. Y que el famoso hidalgo manchego lo había leído y releído —valga el supuesto de la ficción—, lo da a entender en la escena del retablo de maese Pedro, cuando, luego de no dejar títere sin cabeza, invoca a los grandes paladines de la «andante caballería»: uno de los primeros nombres que acuden a su boca es el del «atrevido Tirante el Blanco». Pero fue el Cura, el ilustrado eclesiástico del «escrutinio» de los papelotes que sorbieron el seso a Alonso Quijano, quien hizo los máximos elogios de la obra. Cervantes aprovechó la ocasión y el personaje para «opinar». «Un tesoro de contento y una mina de pasatiempos», dice. «Por su estilo es éste el mejor libro del mundo», añade. Da la razón: «aquí comen los caballeros, y duermen y mueren en sus camas, y hazen testamento antes de su muerte, con otras cosas de que todos los demás libros deste género carecen». Luego viene lo de echar al autor «a galeras por todos los días de su vida»: expresión ambigua, o retorcida, que Martín de Riquer propuso interpretar en sentido positivo, que es el del contexto. «Llevalde a casa y leedle, y veréys que es verdad quanto dél os he dicho», concluye el tonsurado hablando con su «compadre» el Barbero. Quizá el Barbero fue uno de los «últimos» lectores del «Tirante»...

«Habent sua fata...» Poca suerte tuvo la novela de Joanot Martorell y Joan Martí de Galba. En su versión original catalana se publicó en Valencia el 1490, y fue reeditada en Barcelona en 1497, con tirajes —sumados— que el mismo Riquer considera, guardadas las proporciones de demografía y de alfabetización, como elocuentes: de «best seller». Las señoras valencianas de «Lo somni de Joan Joan», contemporáneas, se divertían con el «Tirant». En 1561, Onofre Almuñéve... capitular las glorias literarias locales, y... la narración de Martorell y Galba. Traducido al castellano, el «Tirant» apareció en Valladolid el 1511. Un ejemplar de esta impresión... a parar a las manos y a los ojos de don Quijote. O sea: de Cervantes. El «género» pasó de moda enseguida, o tal vez ni siquiera estuvo de moda en el momento en que Cervantes redactaba el «Quijote». No lo sé: en todo caso, habían pasado bastantes años desde

la edición de Valladolid. El «Tirant» volvió a los tórculos con el empeño de la Renaixença: una operación de arqueología, más bien, en el terreno lingüístico y literario. En la posguerra avanzada, Riquer nos dio una versión del texto completa, normalizada y con las notas oportunas: en la «Biblioteca Perenne». Más tarde, un sutil y vibrante estudio de Vargas Llosa devolvía al «Tirant» una oportunidad de ser leído «hoy» y sin trastiendas eruditas... Eso ocurrió hace tres o cuatro años. O seis: no importa. ¿Qué queda ahora del «best seller», el renovado «best seller» del «Tirant»? Me lo pregunto y con desánimo. De alguna manera, Riquer, Vargas Llosa, y sus antecesores en el estudio rescataban el «Tirant» del olvido, y le reintegraban, sin telarañas académicas, a la condición de «clásico»: clásico europeo, clásico universal, además de catalán. ¿Se sigue leyendo el «Tirant»? Un «clásico», al fin y al cabo, no es más que un escritor que renueva su clientela cada diez años...

«Clásico», en otra perspectiva, es un texto antiguo y admirable, si no admirado. En los «Clásicos Castellanos» de Espasa-Calpe, ese increíble, e increíblemente docto, trabajador que es Martí de Riquer acaba de ofrecernos una reedición del «Tirante el Blanco» de Valladolid. No haré la apología de Riquer, que me sería discutida desde muchas esquinas. Pero, aun descontando lo que convenga descontar, a Riquer debemos una cantidad estupenda de estudios y de averiguaciones sobre la literatura de nuestro pasado, y a su solvencia habrá que acudir muy a menudo. El «Tirant» ha sido un tema largamente elaborado por este distinguido profesor. En la rebusca de fuentes, en la colación de variantes, en la exégesis de fondo, Martí de Riquer nos ha proporcionado unas posibilidades de acceso a la lectura del «Tirant» realmente admirables. Y ahora, al «Tirante». De la venerable traducción del 1511 sólo se conserva un ejemplar e incompleto. Se le salvó en una reproducción minoritaria: de bibliofilia. En «Clásicos castellanos», los cinco tomos del «Tirante el Blanco» constituyen una importante aportación, para ambas literaturas: la castellana y la catalana. Como curiosidad supernumeraria, ésta es el «Tirante» que leyeron don Quijote y Cervantes. Que no es un dato a desdenar.

Riquer ha escrito una larga «introducción» al «Tirante». Insiste en sus teorías precedentemente expuestas acerca del autor —o autores— y del libro. Gracias a la benemérita actividad archivística de don Lluís Cerveró, Riquer ha podido redondear, hasta donde es posible, la biografía de Joanot Martorell. Este individuo, cuñado de Ausias March, peleón, charlatán, prototipo de una cierta «caballería» fantástica, que se pasó la vida retando «a ultranza» a quien se le puso por delante, sin que conste que se las viese de veras con nadie, dista mucho de ser lo que Riquer cree. ¿Era un «caballero» o un «señorito»? Yo apostaría por lo segundo. Me temo que Joanot Martorell pasó por esta triste vida corporal —«joh món curel, tan desigual!»— derrochando retórica agresiva, y muriendo en su cama, debidamente oleado, sin haber recibido en su cuerpo ni un solo insignificante cardenal. Su escritura, el «Tirant», responde a esa actitud híbrida, de clase, Don Marcelino Menéndez insinuó que la novela respondía a planteamientos «burgueses». Riquer sostiene que el «Tirant» no es una novela burguesa, y, por tanto, crítica y sarcástica respecto a la «caballería». Y así es, en alguna medida, si bien se mira. Pero Martorell, o Galba, se tomaba a choteo las más altas jerarquías sociales: las del Imperio de Oriente. El «Tirant» es el revés de la aventura de Muntaner, si se me permite la exageración. La Constantinopla de Martorell es —y no es la primera vez que lo digo— un vodevil. Don Quijote no se enteró porque era tonto. O loco. O nada.

Martí de Riquer, al analizar el «Tirant», descarta la calificación de «novela de caballerías», en el rasgo peyorativo de esta estipulación escolar. Sería una «novela cabaleresca»: militar. Tirant lo Blanc, más que un «caballero andante», fue un capitán de ventura, maquinador de ardides, trapacero, trepador, estratega, un Roger de Flor —¿o un Ulises?— ensoñado por la pequeña y capada aristocracia catalana del XV... Los Martorell y los March y el resto eran unos donnadies del microfeudalismo autóctono: no levantaban un gato por el rabo. Se lo pasaban en grande imaginando batallas, duelos y pillajes. Históricamente, no hay manera de tomarles en serio. Si me apuran, diría que los combates ca-

ballerescos que Martí de Riquer y Pere Bohigas han puntualizado tan delicadamente, son la «Copa Davis» de la época. O menos todavía. La correspondencia que se cruzaba entre los interesados solía ser abracadabrante, y al final todo quedaba en una pura nada. De estas contradicciones nace el «Tirant». Y convendría apretar el análisis, y ver cuáles eran los ingresos de los Martorell, y de dónde y cómo procedían. Y no sólo de Martorell. La preciosa lista que Martí de Riquer propone como «caballería» —andante o no— en la Valencia del XV, ¿no era, en parte, la «Copa Davis»? Habría que verlo. Todos los «passos honorosos» eran como partidas de tenis, salvando las distancias, que no eran muchas. Descalabros aparte.

Lo que cuenta, en definitiva, es lo que Riquer da en sus comentarios al «Tirante el Blanco». Tal o cual pasaje del relato halla en una nota a pie de página un esclarecimiento técnico. Martí de Riquer ha hecho por el «Tirant» lo que nadie había hecho antes a fondo. La verdad es que si los catalanoparlantes, o catalanoleyentes, podemos leer el «Tirant» con las debidas notas instructivas es gracias a Riquer. El «Tirante el Blanco», en esta imprevista aparición como «clásico castellano», también pesa lo suyo. Es el libro que Cervantes leyó y juzgó. Y Riquer lo ha administrado, y bien. Lo de menos es que coincidamos en que el «Tirante» sea una «novela de caballerías» o una «novela cabalresca», o un grumo castrense. Importa más la limpia lectura del libro, a pecho descubierto. Riquer será nuestro acompañante fatal. Nunca se podrá leer el «Tirant» sin los apoyos de Riquer: por los siglos de los siglos. Al margen de eso —y de más cosas—, lo que se quiera: remolones empecinamientos políticos, incordios de escalafón, la miseria habitual. A veces, yo, pienso en el Martí de Riquer que publicó en «La República de les Lletres», en la Valencia del 35 o del 36, un brillante y erróneo esquema de la entera literatura catalana. Es «mí» Martí de Riquer, mal que a él le pese. Y le pese o no, da igual. Con lo que ha hecho por el «Tirant», y con este «Tirante» último, la gratitud es inmensa.

Joan FUSTER

LA VANGUARDIA 11 gener 1976